

Las voces de la libertad: los liberales y su mundo decimonónico

... los mexicanos nunca hemos disfrutado la vida constitucional, a pesar del número prodigioso de constituciones que hemos sancionado desde la guerra de la Independencia [...] pero todas nuestras Cartas [...] acreditan que en cincuenta años, aunque ninguna de ellas ha logrado establecer, el pensamiento dominante de la nación es y será arrancar sus destinos de las manos de la dictadura.

Ignacio Ramírez, *La Constitución*¹

Este es un conjunto de textos que nos lleva de la mano al siglo XIX. Exactamente a los albores del Estado mexicano, cuando aún no se dilucidaban las dudas sobre el futuro nacional y al momento en el cual, al fragor de los discursos se enarbocaban las armas para defenderlos. Republicanos, centralistas, liberales, monárquicos, puros, moderados, federalistas, conservadores, eran los adjetivos que sustituyeron los adjetivos de pertenencia a alguna casta: español, mestizo, criollo, castizo, zambo, morisco, albino, saltapatrás, coyote, cambujo o campamulato. Los epítetos que se lanzaban o con los que se autoreferenciaban los nuevos mexicanos marcaban una distancia insalvable con el pasado, pues dejaban atrás su calidad novohispana y

¹ Publicado en *El Correo de México*, 24 de septiembre de 1867, p. 1. Tomado de Ignacio Ramírez, *La palabra de la reforma en la república de las letras. Una antología general*, México, Fondo de Cultura Económica, UNAM, 2009, p. 96.

en las más difíciles circunstancias construían y seguían pensando lo que creían sería una nueva nación.

En pleno siglo XXI, con la celebración de las modernidades y de las posmodernidades, con los avatares refulgentes de la ciencia, la técnica, la tecnología y el acceso a la información, parecería poco propicio (y en cierto sentido hasta incómodo) volver los ojos a un punto de la historia patria donde la tragedia nacional y el derramamiento de sangre eran el pan de cada día. Tiempos idos que no deberían recordarse sino para tener la certeza de que los hemos dejado atrás.

Sin embargo, el XIX no es solo ese conjunto de recuerdos. Situado por no pocos imaginarios como la época dorada del pensamiento nacional, político, artístico y de todo tipo, el mediodía decimonónico fue el escenario de una pléyade de discusiones en torno al proyecto de todos para la nueva nación.

La paradoja está presente: en aquellos años, la causa que triunfó fue la que consideraba que el rumbo se buscaba en las utopías y, si se quiere entender así, en la necesidad del progreso social en conjunto, con un ideal positivista de igualdad. La presunta superación de la modernidad atrapó a la sociedad en un dilema insoslayable: la renuncia de las utopías colectivas destruyó el verdadero espacio espiritual de la nación. Sin espíritu, lo que sobrevino fue la debacle. Sin timón se perdía el rumbo: no habría liderazgo capaz de enderezarlo.

Parte utopía, parte engaño, parte fascinación, la extraña sumatoria nos presenta, siglo y medio de por medio, una nación desencantada, hastiada y desesperanzada. Recluida en el conformismo y por tanto sin ánimo de entender los proyectos que se le presentan y que no son siquiera de interés por no compaginar con esa necesidad psíquica que viene aparejada al cuerpo social. Pareciera que la sociedad, con todo y el mito de las generaciones mejor educadas y formadas, se convirtió en simple masa, dispuesta a la inercia y a la inacción.

Puede especularse qué pasó en este ignoto territorio del septentrión que nos llevó de la lúcida Constitución liberal de 1857 al periodo porfirista donde la vulneración de los derechos del hombre, tal y como los predicaba el texto constitucional, fue la cotidianidad de un gran porcentaje de la población nacional.

Las voces de la libertad: los liberales y su mundo decimonónico

¿Cuál es la distancia que media entre el mediodía decimonónico y el ascenso del porfirismo? ¿Eran diferentes los hombres? ¿Cómo cambió todo? ¿Por qué sería? ¿Hay alguna diferencia con la etapa finisecular a la que asistió la generación de hombres que hoy pretender dar rumbo en lo político, en lo intelectual y en lo económico al país?

Podríamos especular, aprovechando este cómodo espacio introductorio a la biografía del Nigromante, pero... no es lo adecuado. Contrario a lo pensado, la mejor solución a estos dilemas es la construcción personal, la búsqueda interna, vía el conocimiento del contexto y de los hombres. Con el tiempo vendrán las reflexiones colectivas.

Hace una década, un grupo de ciudadanos nos reunimos para pensar cómo construir o reconstruir, a partir de la educación y la reflexión, una parte de la nación, no la más remota, pero tampoco la más cercana. Derechos y educación han sido, en nuestra opinión, los grandes problemas del Sur, había pues que revisarlos y repensarlos, desde el pasado y hacia el futuro o, en una utopía más propia de nuestras cotidianidades, desde el futuro y hacia el pasado.

Ese es el objetivo de la reedición de estos textos, más que centenarios todos ellos: proporcionar elementos para una aproximación personal que permita repensar el pasado y sus hombres, con miras al cuestionamiento de nuestro presente.

Hace dos años iniciamos el rito de los festejos centenarios. Estamos inmersos en ellos. Quizá por eso mismo, después de oír o de leer la vida de los “héroes que nos dieron patria”, pocos de nosotros podemos sustraernos a la comparación entre los hombres que actualmente dirigen los destinos de nuestro país y los que, en la mitad del siglo XIX, dieron la pincelada final a lo que sería el Estado mexicano. Ociosa quizás, pero no menos edificadora. Comparación compleja, pero necesaria para entender la razón y el alcance de nuestras desgracias, como pueblo y como nación.

Festejar, celebrar y recordar episodios, fechas y hombres siempre resulta oportuno. Es un renovado cuestionamiento a la historia patria sobre sus avatares y sobre sus hombres. No es que haya una imagen central en el panteón patrio, y sin embargo, creemos que lo que atrae es

David Cienfuegos Salgado

la época, son las clases políticas, es la construcción de la política, es el entramado político, es la élite política del siglo XIX. Los contemporáneos de Ramírez y de Altamirano son los actores del esplendoroso y tan traído siglo XIX mexicano. No están solos. A su lado está una pléyade de liberales, pero también de conservadores; están los patriotas y los mártires, pero también los canallas y los traidores; están las tribulaciones de unos y lo execrable y lo egoísta de los otros. Y al final, al final está la consolidación política y jurídica del Estado mexicano.

La biografía que nos proporciona Altamirano hace que se fundan poesía y mito, leyenda e historia. Nos describe el perfil de uno de los más importantes hombres públicos de nuestra historia, pero esos perfiles sólo se entienden a la luz de los caracteres y de los dobleces de otros, de la valentía y arrojo de muchos, de la ignorancia y desprecio de muchos más. Ramírez y Altamirano, hay que insistirlo, no están solos.

¿De qué estaban hechos esos hombres? ¿Cuál fue la forja dónde adquirieron la impronta de la entrega a la patria y a las ideas? ¿Qué fibras íntimas tocaba el compromiso de estos hombres con su patria, con su nación y con el ideario liberal? Para hacer notar el temple de estos hombres, hombres de la época, nada mejor que el conocido discurso de Altamirano contra la Ley de Amnistía en 1861. El literato, profesor, abogado y luego soldado y guerrillero suriano dijo a sus compañeros diputados:

Yo no he venido a hacer compromisos con ningún reaccionario, ni a enervarme con la molicie de la capital, y entiendo que mientras todos los diputados que se sientan en estos bancos no se decidan a jugar la vida en defensa de la majestad nacional, nada bueno hemos de hacer. [] ... Yo tengo muchos conocidos reaccionarios; con algunos he cultivado en otro tiempo relaciones amistosas, pero protesto que el día en que cayeran en mis manos, les haría cortar la cabeza, porque antes que la amistad está la patria; antes que el sentimiento está la idea; antes que la compasión está la justicia.

Es el mismo Altamirano que en ese año subió a la tribuna a sostener la propuesta para que se declarara Benemérito de la Patria a Juan

Las voces de la libertad: los liberales y su mundo decimonónico

Álvarez. Debemos recordar que la propuesta original del diputado Juan A. Mateos era de que se le declarara Benemérito de la patria y de la libertad.

¿De dónde sale esa generación? ¿Cómo se reúne tanta lucidez en un espacio y tiempos tan a propósito para destacarse por encima de otros? Quizás no sea difícil responder: todos ellos, desde el más humilde soldado hasta el más encumbrado pensador son hombres del momento. Sus circunstancias, dirá un siglo después el filósofo español, los definen.

Por eso podemos hablar de ellos pero no ubicarlos en un extremo único: son poetas y son soldados y son jueces y son padres de familia y son hombres públicos y son profesores y son lo que tenían que ser para cumplir con el compromiso asumido respecto de la nación que decían amar y representar y que querían construir.

De entre esos hombres destaca la figura de Ignacio Ramírez, cuyo retrato apenas puede hacerse a partir de la biografía que elabora Altamirano en febrero de 1889 y con la cual abren la edición de sus obras en dicho año.² Se publican diez años después de la muerte del Nigromante, y cuatro antes de la muerte de Altamirano. La biografía que elabora el tlaxcalteco, contiene pasajes que permiten equipararla con la que aparecerá al año siguiente, suscrita por Enrique M. de los Ríos.³ Ha sido reeditada al menos en otra ocasión.⁴

¿Quién fue Ignacio Ramírez? Demasiada compleja la pregunta, pero a la que se puede responder adhiriéndose a la siguiente descripción y posterior afirmación:

Crítico de las costumbres, escritor, abogado, político, orador, periodista, parlamentario, polemista, reformador, maestro, conferencista, académico, juez, ciudadano distinguido de la

² Obras de Ignacio Ramírez, México, Oficina Tip. De la Secretaría de Fomento, 1889, pp. i-lxxii.

³ Enrique M. de los Ríos, dir., *Liberales ilustres mexicanos de la reforma y la intervención: galería biográfica anecdótica de los personajes del partido liberal ya muertos, que contribuyeron al triunfo de las instituciones democráticas, proclamadas y sostenidas en México desde el Plan de Ayutla hasta la caída del Imperio de Maximiliano en 1867*, México, Imprenta del Hijo del Ahuizote, 1890, pp. 150-156.

⁴ Una de las últimas reediciones fue publicada como número seis de la colección *Testimonios del Estado de México*, por el Gobierno del Estado de México, en 1977. La edición de 120 páginas lleva un liminar de Mario Colín (pp. 5-10).

David Cienfuegos Salgado

República de las Letras, observador de espíritu científico, naturalista, geógrafo, historiador e indagador de las antigüedades mexicanas, filólogo, poeta, dramaturgo, ensayista: todo ello fue Ignacio Ramírez, a más de liberal “puro” y militante pleno de la Reforma. ¿Cómo podía un solo hombre reunir tantas vocaciones, tantas actividades, tantas preocupaciones? La respuesta es que esto solo se hizo posible gracias a la asunción de todas ellas como parte de un destino fundador de una nación moderna, crítico del viejo orden conservador y tradicionalista, renovador de la vida social, creyente en la capacidad movilizadora de la razón, la ciencia y la educación para cambiar los destinos de una patria: un Prometeo inquieto y genial, un miembro del Parnaso mexicano que arrebata al orden conservador los viejos saberes que es necesario refuncionalizar a la luz de las nuevas ideas del siglo. Y como Prometeo lo encontramos, ya visitante libre de todos los mundos, apoderándose de los conocimientos todavía encerrados en las viejas instituciones escolares y acervos culturales, ya encadenado y castigado por su atrevido afán de servir a los hombres en la fundación de un nuevo orden.⁵

El nombre completo del biografiado es Juan Ignacio Paulino Ramírez Calzada. Nació el 22 de junio de 1818, en San Miguel el Grande (hoy San Miguel de Allende), Guanajuato. Moriría 61 años después, en la ciudad de México, el 15 de julio de 1879. En 1845 adoptó, al participar en la fundación del periódico *Don Simplicio* el seudónimo que lo identificaría en nuestra historia.

Altamirano llega al final de la biografía de El Nigromante señalando con voz dolida y pretendidamente profética: “Tiempo vendrá en que se examinen sus obras, a la luz de una crítica imparcial e ilustrada y por jueces competentes”. Un siglo después, apenas se estaban

⁵ Liliana Weinberg en el estudio introductorio de Ignacio Ramírez, *La palabra de la reforma en la república de las letras. Una antología general*, México, Fondo de Cultura Económica, UNAM, 2009, p. 21. La autora señala que la alusión a la figura de Prometeo se encuentra en Alfonso Sierra Partida, *Ignacio Ramírez, espada y pluma*, México, Memphis, 1960, p. 20.

Las voces de la libertad: los liberales y su mundo decimonónico

editando una nueva versión de las obras completas de Ignacio Ramírez.⁶ En una suerte de *impasse* ... la hora aun no le llegaba. Con el arribo del nuevo siglo, del nuevo milenio, con tantos pendientes en nuestra cotidianidad y en la construcción de pasado y futuro, ¡ojalá y ese tiempo haya llegado!

Escribo estas líneas mirando sobre la mesa de trabajo la antología preparada por Liliana Weinberg,⁷ preguntándome sobre la pertinencia de volver a publicar estos y otros trabajos que nos recuerden los afanes de Ramírez y de muchos otros mexicanos del XIX.

¿Por qué reeditar esta biografía? ¿Por qué volver la vista atrás? ¿Por qué esta reivindicación de naturaleza intelectual, pero sobre todo moral o espiritual?

Habrá que aclarar que no es solo la biografía lo que aquí se publica: se han incluido al final dos textos que se citan por Altamirano en su texto biográfico: “A los viejos” y “A los indios”, así como el discurso que pronunciaría el bardo tixtleco en las honras fúnebres del fallecido ministro de la Suprema Corte.

Decía Luis González Obregón al escribir la biografía de Altamirano, que éste era

digno y elocuente representante de esa raza indígena que
puede presentar al mundo entero, héroes como Cuauhtémoc,
reformistas como Juárez y pensadores como Ramírez.⁸

En gran parte, Ignacio Ramírez e Ignacio Manuel Altamirano son la síntesis del pensamiento liberal en México. Fueron la expresión más nítida de esa generación de intelectuales brillantes del liberalismo mexicano que supieron darle forma y caracterización a un país. Son los

⁶ Ignacio Ramírez, *Obras completas*, México, Centro de Investigación Científica Ing. Jorge L. Tamayo, 9184-1989, 8 t. La compilación y revisión fue preparada por David R. Maciel y Boris Rosen Jélonmer.

⁷ Ignacio Ramírez, *La palabra de la reforma en la república de las letras. Una antología general*, México, Fondo de Cultura Económica, UNAM, 2009.

⁸ “Ignacio M. Altamirano”, en Enrique M. de los Ríos, dir., *Liberales ilustres mexicanos de la Reforma y la Intervención. Galería biográfica anecdótica de los personajes del partido liberal ya muertos, que contribuyeron al triunfo de las instituciones democráticas, proclamadas y sostenidas en México desde el Plan de Ayutla hasta la caída del Imperio de Maximiliano en 1867*, México, Imprenta del Hijo del Ahuizote, 1890, p. 262.

verdaderos creadores del estado y la Nación. Le dieron alma a una nación que estaba desgarrada, con sus letras fueron los artífices de una utopía que no cuajó, pero que queda como guía para andar el camino o como plano para construir el edificio social. Son también la expresión de un deseo de crear un país, de ser los parteros de la historia, de ser los que logran la independencia política al promover una ruptura radical con el orden colonial. Ramírez y Altamirano son los intelectuales que tienen como fin último darle sentido a la patria, tratando de contextualizar las tesis liberales que venían del exterior pero dándole un sentido propio, en el trasplante buscaron enraizarlas con ese ser histórico nacional que aun no hemos comprendido a cabalidad.

La caracterización del Estado mexicano y los valores que le dieron alma a la Nación, con mayúsculas, no podrían entenderse sin la contribución de esa brillante generación de liberales, que fueron capaces de mantener viva la idea de una patria independiente en medio de la adversidad que amenazaba con cancelar esa posibilidad.

En México se expresa la versión más radical del liberalismo en América Latina, porque si bien cuando hablan de progreso tienen en su mirada las perspectivas de lo que habríamos de conocer como desarrollo del capitalismo, también es cierto que lo que estaba en la esencia de todo ese pensamiento era la educación. No era casual que volvieran la mirada a la educación aun cuando no desconocían la realidad de una nación que no acababa de nacer, donde la inmensa mayoría era una población analfabeta.

La derrota de los conservadores en el plano político y militar, no hubiera sido posible si en el terreno de las ideas no hubiere habido un debate, que los liberales pelearon con la misma pasión libertaria, para ganar la conciencia nacional, aun sabiendo que era la conciencia de un país de alrededor de seis millones de habitantes donde apenas poco más de 30 mil sabían leer y escribir. La lucha entre liberales y conservadores era una disputa por la nación entre las élites ilustradas, a quienes Ignacio Ramírez definiría, con su fina ironía, como unos “licenciados con aguilata”.

Ese es uno de los más grandes misterios, urgidos de explicación, en este país del siglo XIX, conformado por pueblos originarios sumidos en

Las voces de la libertad: los liberales y su mundo decimonónico

la marginación absoluta, una minoría criolla nostálgica de tentaciones monárquicas y una gran mayoría de mestizos engendrados a lo largo de tres siglos de colonialismo, que sentían una gran orfandad por su falta de identidad. Y que sin embargo, nos dieron ejemplo.

En ese escenario, ¿Cómo crear un país, como construir una nación? Ese fue el gran mérito de esta generación brillante de liberales decimonónicos que combinaban con singular maestría la pluma para plasmar las ideas y la espada para combatir a los enemigos, y de esa síntesis de la pluma y la espada surgió una nación.

Resulta paradójico que ese contexto haya sido el que produjo esa generación, y sin embargo, más paradójico resulta que siglo y medio después no podamos considerarnos herederos de pleno derecho de las luces que dejaron para iluminar el camino de la nación que se había construido. Incomprensible que lo que aparezca en el horizonte sea una vocación por la derrota, que poco honor rinde a quienes la educación nacionalista se empeñó en decirnos nos habían dado patria.

Sin embargo, esa construcción del Estado mexicano con visión liberal al final careció de educación, ese elemento que era su presupuesto básico. Eso es lo que expresa la Constitución del 57: un Estado demasiado idealizado que pretendía crear una nación y la forma que se eligió para difundir la nueva ideología era la educación. Eso resulta en parte incomprensible, porque en un país conformado por analfabetas y una élite ilustrada terriblemente minoritaria, lo que resultó fue un verdadero milagro: México es producto de esas luchas libertarias y de esos sueños construidos en ese debate de ideas, y en estos tiempos del siglo XXI parece revivirse la necesidad de ese debate.

La educación estaba vinculada con la vida política. No en balde, el Nigromante afirmaría que “es la falta de educación la causa de que el mexicano muestre un mínimo de interés por los acontecimientos políticos del momento convirtiéndose así en simples máquinas sin tomar una actitud crítica a su alrededor”.

Sabía de qué hablaba, desde su participación en *Don Simplicio*, Ignacio Ramírez se caracterizó por su estilo crítico y polémico. De hecho, fue en la presentación de dicho periódico, aparentemente en

diciembre de 1845, donde se hace presente con el seudónimo de El Nigromante:

... *Y un oscuro “Nigromante”*
Que hará por artes del diablo
Que coman en un establo
Sancho, Rucio y Rocinante
*Con el Caballero andante...*⁹

En ese mismo número aparecería publicado el texto “A los viejos”, que se incluye en esta edición. Aparecía en un momento en que se hacía necesaria la reflexión sobre el país, pues como menciona Ruiz Guerra, la publicación de *Don Simplicio* “era escrita, según decían sus mismos redactores, ‘por unos simples’, pero atrás de la manifiesta intención que ellos tenían de divertirse y hacer reír a los lectores se encontraba un claro propósito constructivo y un definido proyecto nacional. Se intentaba contribuir a la regeneración moral de la sociedad mexicana: cuestionar fuertemente la versatilidad de los actores políticos mexicanos y defender rabiosamente un modelo republicano y popular de gobierno”.¹⁰ El proyecto al parecer no tenía que ver con la adscripción ideológica, sino con la capacidad de construir, de manera objetiva, un modelo renovador pero incluyente. No de otra manera pueden leerse tanto “A los viejos”, como “A los indios”, aquí incluidos.

Quizá para imaginar el contexto habrá que reiterar que los colaboradores de *Don Simplicio* constantemente renegaron de los “partidos políticos por su carencia de conciencia nacional”.¹¹ Esos mismos colaboradores que habrían de participar a mediados de 1848 en la confección de los *Apuntes para la historia de la Guerra entre México y los Estados Unidos*,¹² que sería merecedora del calificativo de “deshonra de la literatura nacional” y “ofensiva al decoro de la República”, según decreto expedido por el gobierno de López de Santa Anna el primero de

⁹ Véase *Don Simplicio. Periódico burlesco, crítico y filosófico, por unos simples*, México, t. I, no. 1, p. 1. Hay una edición facsimilar editada por la LVII Legislatura de la Cámara de Senadores en 200.

¹⁰ Rubén Ruiz Guerra, “Prólogo. La mirada de los simples”, en *Don Simplicio*, México, Cámara de Senadores, 2000, p. 13.

¹¹ *Ibidem*, p. 17.

¹² *Apuntes para la historia de la guerra entre México y los Estados Unidos*, México, Tipografía de Manuel Payno (hijo), 1848. Hay edición facsimilar de Ediciones Siglo XXI en 1970.

Las voces de la libertad: los liberales y su mundo decimonónico

febrero de 1854, apenas un mes antes del Plan de Ayutla que terminaría por derrocarlo y sentar las bases para la confección de la Constitución de 1857. En el citado decreto “Su Alteza Serenísima” mandaba la destitución y prohibición de volver “a figurar en lo de adelante entre los servidores de la nación, en ramo alguno de la administración pública, hasta que por su buenos oficios, comprobada lealtad é intachable conducta se rehabiliten en el concepto de sus conciudadanos y se hagan acreedores á la benevolencia del supremo gobierno”. Además de que se ordenaba a las autoridades locales se procediera “á recoger todos los ejemplares que existan del folleto de que se trata, así en las imprentas y librerías como en poder de los particulares, á quienes se fijará un término prudente y perentorio, para que los pongan á disposición de las respectivas autoridades políticas, á fin de que inmediatamente sean entregados al fuego que es el destino que merecen los escritos difamatorios de los timbres de un pueblo magnánimo y que mancillan la memoria de los más ilustres defensores de su integridad e independencia”.

No es posible mayor claridad sobre lo difícil de ser crítico en el mediodía decimonónico. El papel de la prensa independiente y crítica se hace palpable, no es solo informar, sino suscitar la reflexión y generar una opinión pública, a la cual siempre son temerosos los régimes dictatoriales.

Si seguimos la ruta no queda duda alguna, Altamirano y Ramírez predicaron con el ejemplo, creyeron en la educación como motor del progreso social, aspiración de las ideologías que permearon la civilización occidental en la segunda mitad del XIX. Se entregaron por completo en la construcción de un sistema educativo que erradicara la mayoría de problemas que identificaban como escollos para la nación: la ignorancia, el fanatismo, el dogmatismo, pero también la corrupción. Su apuesta era necesariamente educar.

Esa herencia liberal referida a la pasión de educar es, tal vez, la aportación más generosa del liberalismo mexicano y, particularmente, de dos de sus más destacados pensadores, Ignacio Ramírez e Ignacio Manuel Altamirano, maestro y discípulo, que sin duda, hoy constituye una obligación ética y moral retomar esa tarea, desde las ideas incipientes de los libros de texto gratuito para ilustrar a los más pobres,

hasta la concepción mismo del normalismo nacional, para educar a las masas irredentas. Puestas en perspectiva estas ideas, hoy todavía siguen vigentes, como se ha dado en reiterar, porque las causas que les dieron origen aún permanecen entre nosotros: la desigualdad, la pobreza, la ausencia de un auténtico estado de derecho.

La publicación de los textos aquí reunidos forma parte de los esfuerzos editoriales de dos instituciones que concurren en el mismo objetivo: la formación intelectual, a través de la recuperación del pensamiento de los forjadores de la nación mexicana, especialmente de aquellos que contribuyeron a la expansión del ideal liberal y educativo en el siglo XIX.

En El Colegio de Guerrero buscamos proveer a la formación de formadores, a través de la especialización y la investigación, fomentando el diagnóstico y la búsqueda de soluciones a los problemas urgentes y emergentes en el plano educativo, especialmente en el Estado de Guerrero. Es una apuesta a largo plazo, hemos apenas comenzado a andar: el programa de posgrado en Educación e Interculturalidad es el primer esfuerzo, cuya planeación llevó varios años y que pretende formar a quienes serán la primera generación de profesores e investigadores con una visión acorde con las características pluriculturales de la sociedad mexicana. Capaces de discernir con herramientas metodológicas, pero también con sensibilidad social, los problemas que resultan de urgente atención, a efecto de proponer soluciones desde el ámbito educativo o, siendo mucho más ambiciosos, cultural.

El Colegio de Guerrero es un proyecto que se realiza con el esfuerzo de quienes tenemos la intención de generar alternativas en el ámbito de la educación y la cultura, apostándole a la educación y a que dicha visión sea compartida. Es un anhelo personal y colectivo de quienes lo integramos. La idea que nos anima se puede sintetizar en la frase que en uno de sus discursos cívicos, el del 16 de septiembre de 1871, pronunciara Ignacio Ramírez: *Cuando en medio de un cielo tempestuoso aparece una estrella, miserables naufragos, no preguntéis por su nombre; se llama Esperanza*. Ese es el sentido que requiere ser retomado en nuestro tiempo: no al debate estéril sino la acción, así sea utópica.

Las voces de la libertad: los liberales y su mundo decimonónico

Estamos seguros que ese ideal está implícito y vigente en el proyecto de El Colegio de Guerrero, se trata en el mejor de los sentidos de una utopía. Pero nos anima saber que el diccionario de la Real Academia Española ha decidido definir el concepto de utopía como un “plan, proyecto, doctrina o sistema optimista que aparece como irrealizable en el momento de su formulación”, lo cual deja en el aire su realización a quienes han asumido un compromiso con dicho proyecto, una realización en el futuro. Afortunadamente, como en todos los proyectos culturales, los utópicos no estamos solos, muchas voces, miradas, sentimientos, manos, convergen para su realización.

Por ello, es de reconocer el apoyo de la Fundación Colosio para coeditar este conjunto de textos en torno a la figura de Ignacio Ramírez, creemos que habrá de dar más frutos esta colaboración institucional, especialmente a favor de la construcción de una cultura cívica basada en los valores que enarbolaron los hombres y mujeres que pensaron este país en el siglo XIX. Va por ello nuestro agradecimiento al Dr. César Camacho Quiroz, presidente de la Fundación Colosio, quien desde la primera mención consideró viable este esfuerzo editorial que hoy es una feliz realización en manos del lector.

David CIENFUEGOS SALGADO
Director General de El Colegio de Guerrero
Chilpancingo, Gro., octubre de 2012